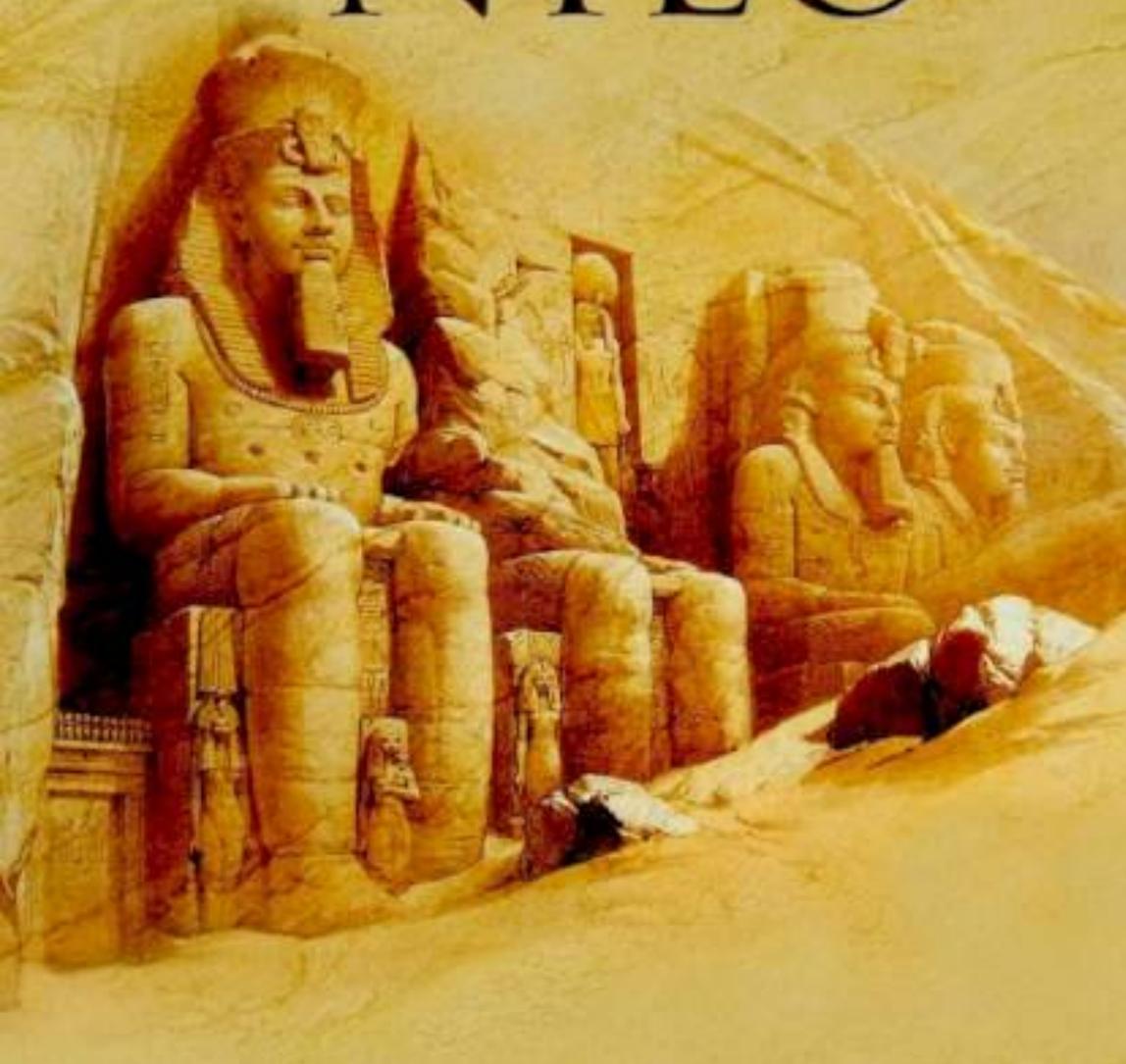


LEÓN ARSENAL

LA BOCA
DEL NILO



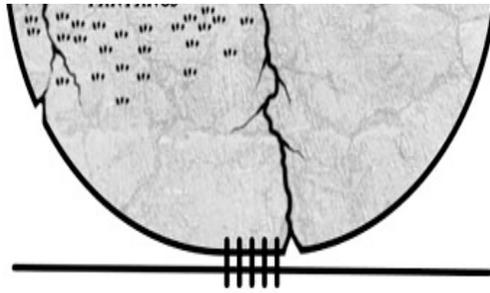
En tiempos de Nerón, una expedición se dispone a seguir el curso del Nilo con el propósito de conquistar nuevas tierras aún por descubrir y, al mismo tiempo, abrir un nuevo mercado con el que comerciar. Los riesgos son evidentes, y los problemas con los guías y las luchas internas entre los componentes de la expedición.

A partir de un detallado conocimiento de los espacios y la época, León Arsenal reconstruye una aventura en la que vemos al hombre luchando contra los elementos, y al mismo tiempo contra sí mismo. La perfecta definición de la extensa galería de personajes, en la que destacan el pretoriano Claudio Emiliano, el prefecto Tito y la bella sacerdotisa Senseneb, contribuye a transmitir una intensa sensación de vida y conforman una trama de alta tensión.

Si bien es una expedición documentada en algunos textos clásicos (particularmente Séneca y Plinio el Viejo), solemos vincular el descubrimiento de las fuentes del Nilo a las expediciones del siglo XIX, por lo que resulta un auténtico descubrimiento conocer las circunstancias y avatares de esta expedición ordenada por el propio Nerón.

Para Ana G. y su también largo periplo
en busca de las orillas del Nilo.





Sobre las legiones romanas

La unidad básica de la legión era la centuria, de ochenta hombres cada una. Se dividía en 10 contubernios de ocho soldados cada uno, todos ellos ciudadanos romanos. Una cohorte la componían 6 centurias y la legión tipo de la Roma Clásica constaba de 9 cohortes normales, además de la Primera Cohorte, que tenía 5 centurias dobles. Contaba además con 120 jinetes. Eso daba una fuerza de 5240 hombres, suponiendo que todas las plazas estuviesen cubiertas, cosa que no ocurría prácticamente nunca. Como además había oficiales sin mando de tropa, especialistas y sirvientes del ejército, su número rondaba los seis mil integrantes.

Al frente de la legión estaba un legado y, justo tras él, un tribuno laticlavio y un *praefectus castrorum*. Luego había cinco tribunos angusticlavios, que asistían al legado. Laticlavio y angusticlavio hacían referencia a las túnicas que usaban los tribunos, orladas con una franja púrpura, ancha en el primer caso y más estrecha en el segundo. El *praefectus castrorum* era un militar de carrera, en tanto que legado y tribunos estaban de paso por las legiones; un escalón en el llamado *Cursus Honorum*, que había de recorrer aquel que quisiese hacer una carrera política. Legado y tribuno laticlavio pertenecían al rango senatorial, llamados a altos cargos, en tanto que los angusticlavios eran del orden ecuestre.

Cada centuria estaba al mando de un centurión, secundado por otros oficiales, como el *optio* o el *tesserarius* (ordenanza). La caballería no era una unidad propiamente dicha y estaba dividida en *decurias*, que realizaban tareas de exploración o avanzada. Había también oficiales sin mando de tropa, con tareas concretas en la administración de la legión, y los llamados *extraordinarii*, de libre designación para misiones específicas.

Hay que señalar que el caso de Egipto era especial. Esa provincia, granero del imperio, era considerada clave estratégica por los césares, hasta el punto de que las leyes prohibían a un miembro del rango senatorial pisar esa tierra. Por eso, el gobernador de la provincia pertenecía al rango ecuestre.

En el caso de las dos legiones estacionadas allí, por esa misma razón, no existía el cargo de legado, y el mando recaía sobre un *praefectus legionis* del orden ecuestre, auxiliado por un *praefectus castrorum*.

Las legiones estaban asistidas por auxiliares, tropas regulares reclutadas entre súbditos romanos sin ciudadanía. La infantería formaba cohortes, de 1000 o de 500 hombres; cada una con un *praefectus cohortis* a la cabeza y divididas en centurias, con sus centuriones, *optios*, *signíferos* y *tesserarii*. La caballería se agrupaba en alas, al mando de un *praefectus alae*. Había también algunas tropas mixtas de caballería e infantería, llamadas *cohors equitatus*.

Existían además, en algunas provincias fronterizas, fuerzas irregulares de bárbaros a sueldo de Roma. Se agrupaban la infantería en *numeri* y la caballería en *cunei* y, aunque estaban al mando de oficiales romanos, sus insignias, gritos de guerra y voces de mando eran las suyas autóctonas.

Si era necesario, se creaban destacamentos para misiones concretas. Se llamaban *vexilaciones* y con frecuencia eran una subdivisión temporal de una legión. Repetían a pequeña escala el esquema organizativo de las legiones y

contaban con un estandarte propio, el *vexillum*. Una de esas unidades fue la que mandó Nerón a buscar las fuentes del Nilo, el año sexto de su reinado, el 813 a contar desde la fundación de Roma.

Dramatis Personae

AFRICANO, CNEO AURELIO. Rico comerciante romano, voluntariamente exiliado en Asia Menor.

AGRÍCOLA, JUNIO. Mercader romano, uno de los que participó en la expedición a Nubia.

ANFÍGENES. Mestizo, habitante de Emporion.

AMANIKHATASHAN. Candace, reina consorte de Amanitmenide en el trono de Meroe.

AMANITMENIDE. Rey de Meroe en la época de la expedición al sur.

ARISTÓBULO ANTIPAX. Personaje que se convierte en una pequeña leyenda para los romanos enviados a Nubia.

AVIANO, CAYO JULIO. Legado militar al mando de una de las legiones de Asia Menor.

BASÍLIDES. Erudito griego de Alejandría, miembro del Museo de esa ciudad y designado por los rectores del mismo para acompañar, en calidad de geógrafo, a la expedición.

CRISANTO, QUINTO. Nuevo rico, hijo de libertos, que dirige la caravana que acompaña a los soldados romanos en su viaje hacia Meroe.

DEMETRIO. Mercenario griego de Egipto, compañero de fatigas de Agrícola en la expedición.

DIOMEDES. Aventurero griego alejandrino, uno de los dos jefes de Emporion.

EMILIANO, CLAUDIO. Pretoriano, enviado al frente de dos centurias de sus hombres a Egipto, por el propio Nerón, para dirigir la expedición a Nubia.

FLAMINIO. *Extraordinarius* romano al mando de uno de los *numen* de mercenarios libios.

HESIOCO. Exiliado griego de Egipto que vive junto al Nilo, cerca ya de los grandes pantanos.

JANUARIO, GAGILIO. Tribuno menor, uno de los dos asignados a la *vexillatio* romana.

MARCELO, CAYO. Pretoriano, mano derecha de Emiliano.

MERYTHOT. Sacerdote ambulante egipcio que se gana la vida como adivino.

PAULO. Uno de los libertos de la corte que rodea a Nerón. Enviado por éste a acompañar a la expedición.

QUIRINO, ANTONIO. *Extraordinarius* romano, uno de los dos asistentes personales de Tito.

SATMAI. Jefe de la escolta de la sacerdotisa Senseneb.

SELEUCO, SALVIO. *Extraordinarius* romano, amigo de Quirino y asistente, como él, de Tito.

SENSENEB. Sacerdotisa nubia de Isis. Enviada por sus reyes como embajadora, con la misión de acompañar a los expedicionarios romanos.

TITO FABIO TITO. Militar de carrera, nombrado por el prefecto de Egipto para el cargo de *praefectus castrorum* de la *vexillatio* enviada a Nubia.

VALERIO FÉLIX. Joven romano de buena familia, con veleidades de filósofo y cronista. Se une a los expedicionarios con la intención de dejar su viaje por escrito.

VESTINO. Prefecto de Egipto; gobernador de esa provincia en tiempos de la expedición.

Prólogo



En un patio de Asia, lejos, muy lejos de Roma, Cneo Aurelio Africano celebra esta noche otro de sus famosos banquetes privados.

El recinto, muy amplio, está techado en parte con emparrados y, como estamos a finales del verano, el follaje casi oculta las vigas de madera y, sobre las cabezas de los comensales, cuelgan pámpanos verdes y racimos de uvas negras. Por todas partes arden antorchas, lámparas de aceite y flameros de llamaradas rugientes. El patio entero es un laberinto de luces, penumbras y sombras que se agitan y danzan alborotadas.

Hay largas mesas cubiertas de manteles blancos, fuentes doradas con montañas de comida, y jarras y ánforas rebosantes de bebida. El convite es un hervidero de gentes dispares, donde los funcionarios romanos y los personajes locales se codean con viajeros, filósofos de paso, vagabundos y buscavidas. Se recuestan sobre sillas y triclinios, hablan en una do-

cena de idiomas y los ropajes no pueden ser más variados. Gracias a las costumbres relajadas de la época, es posible ver allí a asiáticos que usan la toga blanca al lado de romanos de pura cepa que sin embargo visten túnicas y mantos coloridos, al estilo oriental.

Los resplandores son amarillentos y la penumbra está llena de tintineos de copas, de resonar de cerámica, de conversaciones que saltan con naturalidad del griego al latín, y viceversa. Se ríe en voz alta, los músicos están tocando y las llamas arrancan destellos dorados a las pulseras, los collares y los tocados. La diversión está matizada por la prudencia, se siembra allí para futuros negocios y no pocos invitados ocultan puñales en las mangas. Los esclavos van y vienen, sudando, acarreando fuentes humeantes y cántaros. Hace calor y, como no corre ni un soplo de aire, el ambiente esta cargado de olores a asados, salsas, especias y perfumes. Y, sobre todos ellos, se impone ese otro aroma más pesado del incienso, que se quema en pebeteros de bronce con gran humareda. Hay esclavos vestidos a la oriental que agitan abanos de plumas de avestruz sobre las cabezas de los comensales, tratando de remover un poco esa atmósfera estancada.

Africano preside la cena desde su mesa, reclinado en su diván, indolente y distante. Hay pocas luces sobre esa mesa, pero tiene cerca un pebetero, de forma que el humo del incienso le envuelve y hace que los invitados le, vean ahí, cerca y a la vez lejano, recostado entre el humo como un dios viejo en la penumbra de su templo. Es muy gordo y ya anciano, y sus rasgos tienen poco de nobleza. Pero su misma corpulencia le hace imponente y, como bien pueden dar fe muchos, cuando se ponen en pie en el senado local para hablar, envuelto en la toga, su voz y ges-

tos impresionan a los oyentes con una fuerza que es casi palpable.

Ambicioso a la vez que prudente, o tal vez cobarde, hace ya muchos años que abandonó la turbulenta Roma, esa de los últimos césares de la familia Julia Claudia, para asentarse en las fronteras del imperio. Aquello fue en los tiempos de Calígula y, durante todos estos años, ha ido recibiendo noticias —con esa satisfacción sombría del que constata que ha elegido bien, a diferencia de otros— sobre la ejecución, el asesinato, el suicidio o el destierro de algún viejo conocido, miembros todos de familias pudientes y a menudo antiguos compañeros de los campos de Marte.

Se ha adaptado a la perfección a la vida en las provincias asiáticas. Ha amasado poder y riqueza durante décadas, lejos de las convulsiones de la metrópolis. Vive rodeado de clientes y aduladores, con un boato que nada tiene que envidiar al de un déspota del oriente helenístico. No pretende cargos políticos y tiene pánico al puñal y al veneno —él, de quien se dice que no es precisamente remiso a usarlo contra sus enemigos—; apenas sale de casa y si lo hace es rodeado de guardaespaldas y con una cota de cuero bajo el manto. Le dan mucho miedo también los hechizos, y por eso abundan las estatuas de dioses en su casa y los sacerdotes y magos en su mesa; y, si uno aguza el oído, puede oír cómo tintinean los amuletos debajo de la túnica.

Bebe el vino a sorbos lentos, en copa de oro; lo paladea mientras observa el festín al fulgor de los fuegos, con la expresión, entre cínica y cansada, del que ya lo ha visto todo. Pocos detalles escapan a su mirada y ni un invitado está aquí por casualidad, pues los convites son para él una herramienta más. Gasta mucho dinero en espías y confidentes y, aun-

que se puede decir que es casi un recluso, recibe noticias de todo y cuenta con agentes en lugares tan remotos como el Cáucaso, Arabia o el país de los partos.

Tiene fama de ser tan generoso con los amigos como implacable con los enemigos, y su mesa es como una corte oriental en miniatura, a la que puede acudir cualquiera que tenga algo que ofrecer. Le interesan sobre todo las flaquezas y los vicios humanos; y, como es más amigo de sobornos que de violencias, gasta el oro a manos llenas, sabiendo que habrá de multiplicarlo por diez. Por eso sus banquetes son pródigos en carnes, pescado, legumbres, frutas y miel; corre el vino sin medida, y nunca faltan músicos, bailarines y acróbatas. Pero ahora va a ofrecer otro tipo de diversión a los invitados.

Alza la copa para que se la rellenen y, con la misma, hace un gesto al jefe de los esclavos, que levanta a su vez el báculo. Los sirvientes hacen correr la voz de que va a haber una lucha de gladiadores y las conversaciones se apagan casi como por ensalmo. Unos se levantan sobre el codo para ver mejor, otros se vuelven. Los esclavos hacen entrar en el patio a dos mujeres armadas. El anfitrión va a brindar una lucha, sí; pero no una de las clásicas de reciarios, mirmidones o tracios, sino una de esas otras, tan fantásticas como sangrientas, que tan en boga están en estos días por todo el imperio.

Esas dos mujeres son jóvenes y flexibles, propiedad de un lanista local, que las tiene, tan entrenadas y en forma como a cualquier gladiador regular. Se cubren con piezas de armadura —hombreras, brazales, grebas—, grandes y recargadas; y, allí donde no van protegidas, la piel desnuda reluce con el aceite. Una de ellas porta una máscara dorada y muchos de los presentes la conocen ya por otros duelos, en fies-